



Entramos en el pueblo por la puerta de San Roque; en su interior vemos una hornacina cerrada por fuerte reja, con un lienzo en el que por la acción del tiempo y por el humo de la lámpara que tantos años le alumbró no es difícil distinguir al abogado contra la peste.

En la calle irregular que nos lleva a la plaza las casas son desiguales, sin características propias. En una campea sobre su fachada magnífico escudo de piedra, es la mansión de los Olmos; en aquella, otro escudo con el jarrón de azucenas de la sede episcopal; en otra, un típico balcón de madera, casi oculto por los tallos verdes de una parra.

Llegamos a la plaza, anchurosa, con su rollo destrozado para construir la fuente vulgarísima, fea, pobre de agua, ¿qué falta hacía destrozarse el rollo para construir esta fuente si existe la antigua de cinco caños?, o ¿por qué no construirla en otro lado,

respetando ese símbolo de la justicia y calidad de la villa?

Es la víspera de la fiesta de Palazuelos y esta noche saldrá la Sanjuanera, típica ronda parecida a los mayos de otros lugares, llevando los rondadores matas de ramos floridos a las mozas que cortejas, y a la terminación, de madrugada, acudirán al campo a ver salir el sol dando vueltas y practicar ritos supersticiosos.

La fiesta es sencilla: misas, procesiones, rondas, bailes en la plaza al son de guitarras y bandurrias...

Aquel día, al amanecer, se hará el último rosario de la aurora que desde la Pascua de Resurrección, se ha celebrado todos los domingos y al que acuden solamente las mozas.

El tercer día de fiesta sale la ronda que pide el "hornazo", típica costumbre, cantando jotas casa por casa y alegrando el lugar con su música de gran sabor tradicional y popular.

Por la tarde hemos visitado Carabias, pueblecillo próximo con una iglesia románica, al que dan alegría los centenarios olmos de sus calles, por las que corre el agua con su canción ininterrumpida de siglos. Después de su visita abandonamos el pueblo cuando de la espadaña del templo salen las campanadas del ángelus.

De vuelta a Palazuelos nos disponemos a dejar su amurallado recinto. Por la puerta de la plaza, donde queda la rueda del baile abandonamos el pueblo, y desde las eras miramos nuevamente las almenadas murallas y enfilamos hacia la carretera que nos llevará a Sigüenza.

Estas excursiones por nuestros pueblos nos hacen amar más y más, y comprender mejor a la provincia. ¡Cuántas bellezas ignoradas! Sus monumentos, su paisaje, sus tradicionales costumbres, sus obras de arte, todo. Vamos a ellos, que la más insignificante de nuestras aldeas nos reserva el goce estético de algo que no por ser sencillo deja de ser interesante y bello.

Nueva Alcarria, 23 de junio de 1945